



**PROSA MUSICAL**

**I. HISTORIA Y  
CRÍTICA MUSICAL**

Gerardo Diego  
Ramón Sánchez Ochoa  
(edición, prólogo y  
bibliografía)  
Elena Diego Marín  
(documentalista)  
Valencia, Editorial  
Pre-Textos,  
2014, 808 pp.

**El poeta que no solo  
tocaba el piano**

**F**ederico Sopena analizó en un precursor ensayo la postura de poetas y novelistas ante

la música. Aseveró que, salvo excepciones, los intelectuales españoles habían manifestado una lamentable “sordera musical”, especialmente los representantes de la Generación del 98. Sin embargo, su discípulo Antonio Gallego ha descubierto entre los poetas una defensa de la música que no tiene parangón siquiera entre los propios músicos. Gerardo Diego (1896-1987) es, tal vez, el mejor ejemplo de amor por la música, amor que denomina “deleitante” (y no “diletante”). Conocíamos las referencias musicales de su poesía, reunidas por Gallego en una reciente y magnífica antología; sabíamos de sus dotes como pianista; teníamos noticia de sus conferencias-conciertos y de su actividad como crítico musical, pero hasta la edición de su prosa musical no habíamos vislumbrado la vastedad de sus conocimientos musicales y su aportación

a la musicografía. La editorial Pre-Textos ha publicado este material procedente del archivo personal del poeta como “Prosa musical. I. Historia y crítica musical”. Este primer y denso volumen consta de 808 páginas y se estructura en tres grandes secciones dedicadas a “1. Los compositores y sus obras”, “2. Los intérpretes” y “3. Crónicas musicales”. La edición ha sido cuidadosamente preparada por Ramón Sánchez Ochoa, profesor de Estética e Historia de la Música del Conservatorio Superior de Música de Valencia, quien ha explorado el mundo de Diego en una anterior investigación (“Poesía de lo imposible: Gerardo Diego y la música de su tiempo”). En este extenso trabajo editorial ha contado con la colaboración, como documentalista, de la hija del poeta, Elena Diego, la cual conserva y difunde ejemplarmente el legado de su

padre. La publicación muestra un exquisito cuidado en todos sus detalles.

La prosa musical de Gerardo Diego resulta deslumbrante por su volumen (aun a falta del segundo tomo), profundidad y frescura. El volumen nos revela una amplia actividad que había quedado eclipsada ante la dimensión del poeta. Tras estas abundantes páginas dedicadas a la música se descubre una rigurosa y constante actividad periodística. Sus escritos reflejan la pasión por la música, tan presente, por otro lado, en la obra poética, como asunto, metáfora e inspiración. Los temas tratados en la prosa musical son de una variedad apabullante y abarcan los aspectos más diversos de la música clásica, desde las *Canções* de Alfonso X hasta las vanguardias del siglo XX con las que el autor convivió; todo ello tratado con un excepcional rigor musicológico, pues Gerardo Diego

manifiesta un profundo conocimiento de las cuestiones musicales que aborda y las relaciona de forma natural con los más variados campos de la cultura. Diego era un escritor informado y documentado que, además, sabía leer y tocar música, como demostraba con frecuencia en sus conferencias y conciertos. Hay más de una foto en la que aparece retratado ante el teclado, como la que se ha escogido tan acertadamente para ilustrar la portada de esta publicación, donde se le ve leer una partitura ante un piano.

A la profundidad y amplitud de saberes se suma la frescura de una escritura fluida, que evita los tecnicismos innecesarios sin renunciar a la precisión ni a la imaginación verbal. Es bien conocida su acertada expresión “Premanuel de Antefalla” para referirse al primer periodo creativo del compositor gaditano. En algún caso llama la atención la cas-

tellanización de algún nombre, como “Pedro Tchaikovsky”, impuesta por la censura franquista. En ocasiones, se deja llevar por lo poético o por el humor más fino y sutil, que delata su otra pasión: la escritura. La suya es una prosa de primera, concisa, directa y clara, que se lee con facilidad. Sus textos están escritos con afán divulgador, para ser publicados en distintos medios, o leídos, los más extensos, en conferencias y presentaciones. El profesor Sánchez Ochoa indica en el prólogo de esta edición que “el músico llama al historiador que llama al crítico que llama al poeta”. Desde su posición como creador e intérprete, gozaba de una privilegiada perspectiva y relación con otros artistas, mucho más profunda que la de un simple periodista. Pero esa altura de miras es ajena a cualquier atisbo de soberbia o pedantería. Gerardo Diego siempre está al

lado de su lector, informando y opinando con humildad. Demuestra en ello un talante pedagógico que es heredero, de alguna manera, de los principios de la Institución Libre de Enseñanza y del Ateneo de Madrid.

Como crítico, Gerardo Diego toma partido y expone abiertamente sus preferencias: su amor por Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Schumann, Schubert, Brahms, Chopin y el repertorio pianístico clásico y romántico que frecuentaba como intérprete, el cual constituía el canon de la alta cultura que se estaba forjando en aquellos años; su desdén por los románticos tardíos, demasiado sentimentales o bien abstrusos; su admiración por la claridad de los compositores franceses como Gabriel Fauré, Maurice Ravel o Claude Debussy; su reconocimiento ante las novedades sonoras de Alexander Scriabin, Béla Bartók, Olivier

Messiaen o Luigi Dallapiccola; su convivencia con los músicos españoles de su época, como Manuel de Falla, Joaquín Turina, Óscar Esplá, Jesús Guridi o Joaquín Rodrigo. De la relación con el primero se ha conservado el magnífico epistolario que hace años publicó Federico Sopena. Tal vez sea a este, junto a Turina y a Esplá, a quien más páginas dedicó. También mantuvo una estrecha amistad con Óscar Esplá. En una crónica deliciosa describe un paseo a caballo junto al maestro alicantino por la Sierra de Aitana, la cual concluye cantando un canon con el eco de un barranco.

El interés de Gerardo Diego por la música española es sincero y sin complejos. Propone un grupo de los cinco a la española (evocando el de los maestros rusos) que estaría formado por Pedrell, Albéniz, Granados, Falla y Turina. En los años vein-

te incluye a Falla entre “los cuatro apóstoles de la nueva música” junto a Ravel, Stravinsky y Bartók. Sus inclinaciones eran esencialmente neoclásicas, aunque también se interesaba por la “incomprensible incomprensión” que le producía la obra de Arnold Schoenberg. Durante la dictadura no fue capaz de sintonizar con otras corrientes musicales que surgieron en la segunda mitad de siglo y que, poco a poco, empezaron a encontrar algún espacio en aquella España tan estrecha. Sus representantes no aparecen mencionados, al menos en este tomo.

Gerardo Diego es un cronista de lujo, un testigo privilegiado que nos ofrece una visión singular de la vida musical española durante cincuenta años donde, a pesar de las sucesivas miserias, había algún rincón para el arte y la cultura. Estuvo presente en el debut de los ballets rusos en España en 1916, y en el estreno del *Concierto de Aranjuez* en 1940. Sus escritos constituyen una historia informal de la música europea de los últimos siglos, pero también un testimonio sociológico sobre los intérpretes, las agrupaciones, los directores, los compositores,

el público, el repertorio y sus circunstancias. Encontramos referencias a grandes intérpretes y artistas como Ricardo Viñes, Ataúlfo Argenta, José Cubiles, Regino Sainz de la Maza, Pau Casals, etc. El índice onomástico es enorme: ocupa dieciocho apretadas páginas.

Nos encontramos ante una obra musicográfica de primera, que permite conocer mejor aquellos tiempos que nos precedieron y de los que somos directos sucesores. Gerardo Diego supo vincular el fenómeno musical con otras manifestaciones del arte y de la cultu-

ra: con la literatura, la historia, la poesía y la pintura. Sus textos contienen numerosas citas y referencias, en las que la música se integra plenamente en el tejido cultural. Diego es un humanista, un intelectual profundo, un escritor completo, un artista con sensibilidad exquisita y excepcional sentido musical: fue mucho más que el poeta que tocaba el piano. ■■■■■

VÍCTOR PLIEGO DE  
ANDRÉS  
Catedrático de Historia  
de la Música  
(Real Conservatorio  
Superior de Música  
de Madrid)